

la que el *com'stible* me oponía, me decidí á proseguir la operación por procedimientos terriblemente químicos. Empleé todos los disolventes más enérgicos conocidos, y nada, ni indicio, ni mealla siquiera de su descomposición. Ya, desalentado, iba á declararme vencido, cuando me acordé de la mezcla infernal de Lulio, composición secreta que yo por rara casualidad conocía, y aplicándola con todas las precauciones de ritual, después de cierto tiempo de un hervor extraño y espantoso, oí un estallido formidable y caí sin sentido.

Tres días después lo recobré, y volviendo á la fragua no hubo nadie que pudiera darme razón de aquel prodigio: no había quedado rastro ni vestigio de materia, que por no ser de la naturaleza de los cuerpos terrestres, había ido sin duda á parar á las regiones extraplanetarias.

Desde entonces soy un

CHORÍFOBO.



El ejército de Cupido

Que escriba algo, para el nuevo periódico me suplican los simpáticos fundadores del CUENCA y no pudiéndome negar á tan inmerecido honor, ya que mi inventiva es tan pobre, faltando á mi palabra de guardar un secreto, voy á referiros, mi bellas lectoras, una conversación que no ha mucho sorprendí entre dos hermosas perlas de la ciudad del cáliz, de la estrella y de los pleitos perpétuos; secreto que confío á vuestra discrección en la seguridad de que sabréis guardarlo.

Era una tranquila noche de mediados de Septiembre último (*y sin embargo no llovía*) cuando, dando mi acostumbrado paseo por Carretería, atraído por la fuerza eléctrica de dos dinamos de forma más que humana, angelical, me acerqué tanto á ellas que, sin querer, aunque *queriendo mucho*, llegaron á mis oídos las siguientes palabras:

—Sabes que Enrique ha ascendido á comandante y aún no hace un mes que sentó plaza.

—¿Y Luis?

—Luis lleva ya dos meses de primer teniente y puede que ahora alcance dos ascensos.

—¿Y el pobre Julio?

—¡Ay! Ese puede que no pase de cadete. Ya sabes que en Estado Mayor son muy difíciles los ascensos.

Yo no salía de mi asombro. Enrique... Julio... Luis... Señor, me decía, he oído mal ó estas han perdido la cabeza. Pero si esos pobres muchachos no han esgrimido en su vida más arma que... el tener y en algún momento de apuro, del que nadie estamos libres, el *sable* ¿Cómo es posible que hayan hecho esa carrera en tan poco tiempo?

Resucito á salir de dudas y aprovechando la amistad que me une á las jóvenes que tan extraña conversación sostenían, me acerqué á ellas y les rogué me explicasen lo que acababa de oírles, dándome por primera contestación una sonora carechada.

—¿No has oído, me dijeron, comparar muchas veces el corazón de una mujer á una plaza fuerte? Pues bien, nosotras hemos clasificado á los hombres militarmente y así nos entendemos y... bailamos solas, ya que los pollos de Cuenca sois tan sosos que no queréis bailar con nosotras, mas que en Carnaval y con *careta*.

¿Quieres saber la escala? Pues escucha

Cuando un pollo, herido por Cupido, comienza tímidamente á pasear por donde el ídolo de sus sueños y á dirigirle miradas incendiarias, decimos que sienta plaza y desde luego le llamamos cadete.

Si se declara, segundo teniente.

Si es correspondido, primer teniente.

Capitán si habla por el balcón con su amada.

Si pasa á la casa, comandante.

Si....

—No sigas ¿de modo que yo llegaré....

—A segundo teniente retirado, condecorado con la cruz de mérito militar por *heridas* recibidas en el campo de batalla.

UN QUINTO.



En el manicomio



EAS tristes escenas que había presenciado, impresionaron tanto mi ánimo, que, sumido en malancólicas meditaciones, trataba de retirarme, cuando la voz de mi acompañante y querido amigo, el Director del Establecimiento, vino á suspender mis propósitos y á interrumpir mis reflexiones.

Repáre Ud. amigo mío, me decía al propio tiempo que me señalaba un curioso grupo formado por un hombre y un perro.